

JULIO CÉSAR MORAN, CRÍTICO DE LA CONTRACUBIERTA DE UN LIBRO DE DIVULGACIÓN

Julio César Moran

UNLP

Nota crítica

El presente texto es el resultado del trabajo de Analía Melamed, Silvia Solas, María Luján Ferrari y Alejandra Bertucci para reconstruirlo de los manuscritos desordenados y casi ilegibles del director de sus investigaciones, el proustólogo Julio César Moran, que fuera profesor de la Universidad y de nuestro Departamento de Filosofía antes de asumir la cátedra itinerante “Sólo hay que leer a Proust”. Y que habría sido leído en una mesa redonda de las denominadas IV Jornadas de graduados, profesores y alumnos del Departamento de Filosofía, noviembre de 2002. Ante el silencio del autor debemos señalar que ha habido serias objeciones de otros investigadores que lo califican de apócrifo, sin embargo los discípulos han efectuado todas las comparaciones posibles de acuerdo con el método genético de Bernard Brun y Claudine Quémar y se encuentran en condiciones de asegurar su autenticidad por lo que lo dan a conocer a la comunidad proustiana.

“Dante Gabriele Rossetti, William Hunt, Ford Madox Brow, John Everett Millais, William Morris y Edward Burne-Jones: a través de una serie de divisiones y de adhesiones, un grupo de artistas ingleses forma uno de los más interesantes movimientos del arte europeo del siglo XIX. Sugerencias medievales, estremecimientos simbolistas, referencias shakesperianas, velada languidez romántica, compostura victoriana y, sobre todo, el gusto por una pintura “bella”, no contaminada por las modas y claramente inspirada en el Quattrocento italiano, pero no por ello exclusivamente refugiada en el pasado. Gracias al apoyo de críticos e intelectuales, los Prerrafaelistas defienden con convicción el papel “moral” del arte, su valor ejemplar y su mensaje más allá del tiempo.”
(*Prerrafaelistas*, colección ArtBook)

Si Pierre Menard en su obra invisible es el autor de *El Quijote* y Marcel Proust es el lector de la *Recherche*, deseo ejercer aquí una función de crítico. Para ello he elegido el texto anterior que pertenece a la colección de divulgación ArtBook sobre los

Prerrafaelistas, en donde no se indica ni siquiera al autor. Ser un crítico de contracubiertas parece ser una función poco académica y algo así como leer de ojito para tener algo que decir o no quedar perplejos como el Dr. Cottard, que quizás con la cantidad de libros y formas de extensión de los conocimientos de nuestra época podría cambiar su personalidad.

Sin embargo, pretendo que el texto anteriormente leído es bueno y resume de manera muy apropiada la trayectoria e ideales Prerrafaelistas y también ruskinianos. Hasta el punto de que no alcanzo encontrar objeción alguna y que me hubiese gustado escribirlo a mí. Por otra parte, me permite realizar una interpretación recreativa artística y, sin que ese haya sido el presunto propósito del texto (Proust no aparece citado en el índice de autores del librito), se anticipa la relación de los artistas Prerrafaelistas con Proust de manera nítida. En efecto, “sugerencias medievales, estremecimientos simbolistas, referencias shakesperianas, velada languidez romántica, compostura victoriana y, sobre todo, el gusto por una pintura “bella”, no contaminada por las modas y claramente inspirada en el Quattrocento italiano, pero no por ello exclusivamente refugiada en el pasado”, bien pueden decirse en cierta medida del arte de Proust.

Lo único que me produce cierta dificultad para completar esta versión libre del texto desde el gran novelista es el papel moral del arte, pues sin duda en Proust el artista debe efectuar un renunciamiento ético como señaló Emilio Estiú. Y la constitución de una obra de arte en Proust asume un valor ético, vocacional y de redención, mientras que si el arte no imitativo no pudiese conformarse ni siquiera tendría sentido la vida. No en vano Harold Bloom sostiene que Proust es el gran sacerdote de la religión del arte y Barbara Bucknall escribió *Proust o la religión del arte*. Pero no me declaro totalmente convencido por estas apreciaciones.

En cambio es indudable en Proust el valor ejemplar del arte que el texto atribuye a los Prerrafaelistas y mucho más acertado todavía su “mensaje más allá del tiempo.”

Sobre el final del libro hay un apartado que se titula “La no herencia de los Prerrafaelistas” y que también revela una inquietante capacidad de síntesis:

“En 1919, año de la muerte de William Michael Rossetti, el último miembro de la Confraternidad, el arte ya había ido por diferentes caminos totalmente distintos: Wassili Kandinski había pintado sus acuarelas abstractas y Picasso, apremiado por otros ‘ismos’, desde el Futurismo al Dadaísmo, había dado vida al Cubismo. Los valores por los

que los Prerrafaelistas vivieron y pintaron habían desaparecido con la reina Victoria: era el fin de una época gloriosa que los jóvenes artistas del nuevo siglo no tenían la intención de seguir. Narcisistamente replegados sobre sí mismos, se consignaron a la posteridad como un resto arqueológico que estudiar y, quizás, admirar, pero que ya no tenía nada que transmitir. El arte había rechazado su espíritu religioso y su vena moralista, tan sincera como ambigua, y no compartía sus sueños medievales, el énfasis en los retratos o las complicadas decoraciones de sus productos, sustituidos por diseños más prácticos y funcionales. Se les recordó sólo cuando se puso en evidencia el empeño civil y social de estos artistas y se mantuvo que el pintor debía mirar directamente a la naturaleza, sin intermediarios. Quizá el verdadero heredero de los Prerrafaelistas fue Lucian Freud, con su crudo y desconsolado hiperrealismo.”

Muchas de estas cosas son también aplicables a Proust aunque con la metamorfosis proustianas de todos los modelos que pueden inspirarlo, y la introducción de múltiples perspectivas, cadenas metaficcionales, efecto Sevigné de alteración de causa y efecto, recurrencias, relecturas, memoria involuntaria, obra de arte total, Proust se asegura su vigencia y permite, como sostiene Michel Butor, múltiples posibilidades de ser interpretado. Pero indudablemente el mundo de los Prerrafaelistas ejerció influencia sobre Proust. Por otra parte, si bien Proust no se mostró propicio a las vanguardias artísticas en el siglo XX, y nombra una sola vez a Picasso, por ejemplo, en el prólogo *A propós de peintres* de Jaques E. Blanche, hay interpretaciones que ven en su obra indicios de ellas.¹

En conclusión, con esta crítica de una contratapa de un libro de bolsillo pretendo:

1. mostrar metodológicamente la concepción proustiana de apertura de la obra en un texto que no es suyo.
2. trasladar del ámbito de la extensión popular al reino académico, en una época en que se realizan congresos que discuten las diferencias entre trabajos académicos y ensayos y las posibilidades de ambos.
3. proceder con un recurso artístico como los de Duchamp, Warhol y el Pop art, etc., esto es, si varía la zona de exhibición varía también la mirada crítica y artística.

Proust muere en 1922, tres años después de la fecha límite fijada por el texto.

En fin, mi crítica de la contracubierta de un libro de divulgación persigue que al leer el texto se propongan otras interpretaciones artísticas de las cuales será seguramente merecedor.

Nueva nota crítica:

Esta sería, hasta el momento, la última versión del texto. Pero sorprendentemente se ha encontrado un nuevo manuscrito del autor donde, apoyado sobre una interpretación de la industria de la cultura de *La dialéctica del iluminismo* de Adorno y Horkheimer, abomina de la cultura de contratapas.

1 Cf. Simon, Anne, (2000), *Proust ou le réel reencontré*, Paris, PUF. Jean-Yves Tadié (Ed.), (1999), *Proust, l'écriture et les arts*, Paris, Gallimard.